

## EL MONO, EL ÁRBOL Y LA TORTUGA(\*)

2º, 3º

Había una vez un árbol que crecía en lo alto de una colina. Y creció rápido, muy rápido y daba una gran sombra. Debido a que creció tan rápido, con una copa tan grande, ningún otro árbol podría crecer cerca de él; estaba solo en la cima de la colina.

Un día pasó un monito. Un monito, no esos monitos que viven en manada. Era un poco más grande: un Mono Capuchino, que también estaba solo. Monkey venía caminando así, con la cabeza gacha, con aire de perdido en la vida... de hecho,... estaba triste.

Entonces decidió separarse de la pandilla porque siempre estaba peleando con todos. Cuando vio el árbol pensó:

*-“¡Qué hermoso árbol! Qué árbol más grande... y parece que aquí no vive nadie. Bien podría yo vivir en ese árbol...”*

*-“¡Guau! ¡Qué buena idea! Ella parece una mansión”.*

Se subió al árbol para mirar más de cerca:

*-“Mira, cuántas habitaciones, cuántas ramas. La vista es una belleza. Y todavía da frutos. A ver si está bien... ¡Hum! Qué delicia”.*

El fruto del árbol era dulce y tenía un hueso duro. Justo cuando el pequeño mono casi había terminado de comer, escuchó un ruido en el arbusto. Rápidamente se escondió y vio que otro animal se acercaba. Era un tapir.

*- “¡Qué!” – pensó el monito – “¿entonces este tapir cree que puede vivir en mi casa? Pero de ninguna manera”.*

Tomó el hueso de la fruta, apuntó y golpeó con fuerza al tapir en el hocico. Se escondió y empezó a gritar con voz fuerte y amenazante:

*-“Sal de aquí tapir feo..., sal de aquí o te atrapo”.*

El tapir buscó a quien le gritaba y no vio a nadie, se asustó y salió corriendo. El monito se rió y



le gustó la idea. Empezó a recoger palos, piedras y huesos de frutas del árbol. Guardaba todo en un hueco del tronco.

Cada vez que aparecía alguien, el pequeño mono se escondía, comenzaba a gritar y arrojaba cosas. No dejaba que nadie se acercara al árbol.

Y allí, esa colina terminó adquiriendo la reputación de estar embrujada en los alrededores.

El mono estaba cada vez más solo y gruñón. No tenía amigos, no jugaba con nadie. Solo se divertía cuando asustaba a los demás y eso se estaba volviendo cada vez más difícil de hacer. Nadie se acercaba por allí. Hasta que un día vio algo muy extraño:

– *“Vaya, ¿qué es esa cosa rara?... Parece una piedra”.*

Miró bien y vio que la piedra se movía hacia el árbol.

– *“¡Qué diablos... la piedra no se mueve!”*

Bajó a la rama más baja para ver mejor. *¿Adivina qué era?... Así es, una tortuga.*

¡El mono se puso furioso! Primero, porque alguien estaba bajo su árbol, segundo, porque había sido engañado.

– *“Oh, ella verá”.*

Tomó palos, semillas, piedras, le tiró todo lo que tenía a la tortuga... maldijo, hizo ruido, gritó hasta que no pudo más. *¿Sabes lo que hizo la tortuga?*

Una cosa: metió la cabeza dentro de su caparazón y se quedó callada hasta que el mono se cansó. Cuando se detuvo, ella asomó la cabeza y miró a su alrededor. El mono estaba tan cansado que se quedó dormido y roncaba con la boca abierta. La Tortuga sonrió y le gustó el lugar. Ella pensó que la sombra del árbol era buena, la fruta deliciosa, había agua cerca... decidió vivir allí también.

El monito terminó acostumbrándose a la tortuga, siempre a su alrededor. Vio que era inofensivo, no podía trepar al árbol y casi no hacía ruido. Aun así, siempre que no tenía nada que hacer, le lanzaba cosas tratando de golpearla en la cabeza.

La tortuga también se acostumbró al mono.

Pasó el tiempo, y vino una estación muy seca, que ese año fue terrible. Uno, dos, tres, cuatro meses sin que cayera una sola gota de agua. Los animales estaban en serios problemas, todos pasaban hambre y era difícil encontrar agua para beber,... hasta que cambió el clima.

Pero antes de las primeras lluvias, un terrible vendaval asoló el bosque. El viento aullaba a través de las ramas. El pequeño mono estaba muerto de miedo, se agarró al árbol con todas sus fuerzas y cerró los ojos.

La tortuga se metió en su caparazón y estaba muy tranquila.

El árbol, como estaba solo en lo alto del cerro, recibió los embates del viento, que logró arrancarlo con raíz y todo. El mono desesperado cayó con el árbol, se golpeó la cabeza y se desmayó. Entonces empezó a llover, una buena tormenta de verano. El pequeño mono se desmayó hasta que paró la lluvia. Se despertó con la tortuga diciendo:

—“¡Despierta, mono! ¡Despierta rápido! Pronto oscurece y llegan las bestias: el jaguar, el lobo, el jaguar. Si te atrapan así, te comen vivo”.

El mono se levantó aterrorizado, se escapó y fue a esconderse allí en el bosque. Halló un rincón seguro justo cuando oscurecía. Antes de irse a dormir, pensó:

—“Esa tortuga fue amable conmigo. Salvó mi vida. Podría haberse ido y dejarme desmayado. Si fuera yo, también podría huir y no advertir a nadie”.

Entonces otro día fue a buscar a la tortuga, se disculpó torpemente y le dio las gracias. Empezaron a hablar y se divertieron mucho.

Finalmente, el mono pensó:

—“Hoy encontré un amigo y fue genial, pero ¿y si tengo aún más amigos?”

Y luego empezó a hacer muchas amistades en el bosque: se hizo amigo de los otros monos, de los coyotes y hasta de los puercoespines, con los que de pronto llegó a llevarse bien, a pesar de que nunca pudo darles un abrazo.

Su vida se volvió más feliz. Siempre lo estaba porque podía jugar con mucha gente y ya no era ese mono solitario, gruñón y gruñón. La tortuga también estaba feliz y siguió viviendo cerca de él.

¿Y el árbol?

El árbol, al caer, soltó todas las semillas y el mono las guardó todas. Y de ellas nacieron muchos arbolitos que crecieron en la cima del cerro. La vida se renovó dentro del bosque.

(\*) Cuento sugerente para los niños que tienden a aislarse.

Aportación del  
Instituto Ruth Salles-Brasil  
Dibujo del mismo autor del cuento.